



e-l@tina

Revista electrónica de estudios latinoamericanos

[e-l@tina](#) es una publicación del
Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina ([GESHAL](#))
con sede en el
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe ([IEALC](#))
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

Los naufragos no eligen puerto. Análisis de la situación argentina, 2000-2002

Waldo Ansaldi

Investigador del CONICET con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Profesor titular de Historia Social Latinoamericana en la misma casa. Investigador del Centro de Investigaciones Socio-Históricas, Universidad Nacional de La Plata. Correo electrónico: waldo@redusers.com

Recibido con pedido de publicación: 18 de septiembre de 2002

Aceptado para publicación: 28 de septiembre de 2002

Resumen

Los naufragos no eligen puerto. Análisis de la situación argentina, 2000-2002

Los resultados electorales del 14 de octubre de 2001 -una verdadera catástrofe para la Alianza- fueron muy elocuentes. Como antes Menem, De la Rúa aplicó el modelo neoliberal, siguiendo las preceptivas del denominado Consenso de Washington. Los efectos de las políticas prescriptas tuvieron y tienen un fuerte impacto sobre la sociedad argentina, la que está atravesando una etapa de cambios estructurales sustanciales cuya manifestación más visible es la redefinición de las clases sociales y su participación en la distribución de la riqueza. Se ha producido, pues, un claro incremento de la riqueza de los más ricos y de la pobreza de los más pobres mientras que, toda una novedad en la historia de la sociedad argentina del siglo XX, se observa el deterioro de la clase media, especialmente en el último quinquenio del siglo. En una sociedad en cuyo imaginario estaba fuertemente admitida la inexistencia de notables desigualdades y en la cual la movilidad social sólo era concebible como ascendente, la brutal irrupción de fenómenos inversos ha producido una notoria alteración de la identidad.

Palabras clave: Argentina; cambios estructurales; clases sociales

Summary

Castaways do not choose port. Analysis of the Argentina situation, 2000-2002

The results of 14 October 2001 elections - a real disaster for the Alianza - were very eloquent. Like Menem, De la Rúa applied the neo liberal model, following the precepts of the so-called Washington Consent. The effects of those prescriptive policies had - and still have - a strong impact over Argentine society, which is going through a stage of substantial structural changes that have their most visible manifestation in the redefinition of social classes and their part in the distribution of wealth. A clear increase of both wealth and poverty has taken place whereas - and this is something new in the history of Argentine society in the XX century - the middle classes have deteriorated especially for the past fifty years. In a society that has the inexistence of deep inequality firmly embedded in its imagery, a society in which social mobility has been conceivable only as ascendant, the brutal irruption of opposite events has produced a remarkable alteration of identity.

Keywords: Argentina; structural changes; social classes

Introducción*

El 24 de octubre de 1999, la ciudadanía argentina -harta de menemismo- votó mayoritariamente (48,5 % contra 38 % del candidato justicialista, Eduardo Duhalde) por la Alianza y su programa en favor de la ética. Dos años después, toda la esperanza puesta en el nuevo gobierno no sólo se había esfumado, sino que había exacerbado hasta el límite la tolerancia popular. Los resultados electorales del 14 de octubre de 2001 -una verdadera catástrofe para la Alianza- fueron, en ese sentido, muy elocuentes.

Como antes Menem, De la Rúa aplicó el modelo neoliberal, siguiendo las preceptivas del denominado Consenso de Washington. Los efectos de las políticas prescriptas por el mismo se hicieron y hacen sentir fuertemente sobre la sociedad argentina, la que está atravesando una etapa de cambios estructurales sustanciales cuya manifestación más visible es la redefinición de las clases sociales y su participación en la distribución de la riqueza. Los indicadores son ya abrumadores. Lo son aún más si se los observa en la perspectiva de la media duración. Si, por ejemplo, se analiza la situación en el Gran Buenos Aires, la participación en la distribución del ingreso de los sectores más pobres (10 %) y más ricos (10 %) ha experimentado un descomunal incremento de la desigualdad entre ambos extremos. Así, en 1974 -un año clave para la comparación, pues se trata del año previo al “rodrigazo”, el “paquete” de medidas económicas tomadas por el ministro Celestino Rodrigo y la presidenta Isabel Martínez de Perón, que bien puede ser considerado el final del modelo de industrialización de sustitución de importaciones y la política redistributiva favorable a los trabajadores y a la clase media que había caracterizado la versión argentina del Estado de Compromiso Social o Estado Protector-, el 10 % más rico de la población se apropió del 28,2 % de la riqueza, en contraposición con el 2,4 % que percibió el 10 por ciento más pobre.

En 2001, en cambio, esos porcentajes se habían convertido en 37,3 y 1,3 por ciento, respectivamente. De modo tal que la brecha pasó de 12,3 a 28,7 a lo largo del último cuarto del siglo XX. Tal brutal diferencia es hoy aún mayor que en el difícil año 1989, el de la primera hiperinflación, cuando el 10 por ciento más rico se apropió del 41,6 % de la riqueza, contra 1.8 por parte del decil más pobre (brecha de 23,1 veces). Se ha producido, pues, un claro incremento de la riqueza de los más ricos y de la pobreza de los más pobres, tal como muestra el cuadro en la página siguiente. Al mismo tiempo, toda una novedad en la historia de la sociedad argentina del siglo XX, se observa el deterioro de la clase media, especialmente en el último quinquenio del siglo. Parte del proceso de redefinición de la misma es la aparición de los denominados, a falta de mejor expresión, *nuevos pobres* o, también, *nupos*. La movilidad social se hizo fuertemente descendente.

Cuando la dictadura cayó, en 1983, los pobres eran más o menos tan pobres como al comienzo de ella, pero el decil más rico, en cambio, había incrementado su apropiación de riqueza. A su vez, los gobiernos democráticos de Raúl Alfonsín, Carlos Menem y Fernando De la Rúa concluyeron sus respectivos mandatos con el triste balance de dejar mayor desigualdad que la existente al hacerse cargo de los mismos, aunque el primer gobierno de Menem finalizó con una ligera disminución de la misma respecto de 1989, el año de la primera hiperinflación.

* Versión reducida de la ponencia presentada en el *V Congreso Nacional sobre la Democracia*, organizado por el Centro de Estudios Interdisciplinarios, la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales y la Secretaría de Asuntos Académicos del Centro de Estudiantes de dicha Facultad, Universidad Nacional de Rosario (Argentina), 6 a 8 de noviembre de 2002. Se exponen resultados parcialmente alcanzados en el proyecto de investigación S 004, *Nación, ciudadanía y derechos humanos en los países del Mercosur*, el cual se realiza mediante un subsidio de la Programación 2001-2002 de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires.

| Participación y brecha de ingresos en los deciles extremos del gran Buenos Aires (1974-2000) | | | | |
|--|--------------------|--------------|------------------------------------|-----------|
| Año | Deciles de ingreso | | Brecha | Gobierno |
| | Primer decil | Décimo decil | 10 % más rico vs 10 % más pobre | |
| 1974 | 2,3 | 28,2 | 12,3 | Perón |
| 1980 | 2,6 | 33,1 | 12,7 | Dictadura |
| 1981 | 2,5 | 35,0 | 14 | |
| 1982 | 2,4 | 33,7 | 14 | |
| 1984 | 2,3 | 34,6 | 15 | Alfonsín |
| 1985 | 2,6 | 33,3 | 12,8 | |
| 1986 | 2,5 | 34,6 | 12,8 | |
| 1987 | 2 | 36,1 | 18,1 | |
| 1988 | 2 | 36 | 18,0 | |
| 1989 | 1,8 | 41,6 | 23,1 | |
| 1990 | 2,3 | 35,3 | 15,3 | |
| 1991 | 2,4 | 36,4 | 15,2 | |
| 1992 | 2,4 | 34,5 | 14,4 | |
| 1993 | 1,9 | 34,8 | 18,3 | |
| 1994 | 1,9 | 34,8 | 18,3 | |
| 1995 | 1,7 | 37,3 | 21,9 | |
| 1996 | 1,6 | 36,3 | 22,7 | Menem 2 |
| 1997 | 1,6 | 35,3 | 22,1 | |
| 1998 | 1,5 | 36,9 | 24,6 | |
| 1999 | 1,5 | 36,1 | 24,1 | |
| 2000 | 1,4 | 36,6 | 26,1 | De la Rúa |
| 2001 | 1,3 | 37,3 | 28,7 | |

Fuente: Equipos de Investigación Social (Equis) (2001), para los años 1974-2000 y diario Clarín (2002c) para octubre de 2001.

En una sociedad en cuyo imaginario estaba fuertemente admitida la inexistencia de notables desigualdades y en la cual la movilidad social sólo era concebible -especialmente mediante la adquisición de educación y saberes- como ascendente, la brutal irrupción de fenómenos inversos ha producido, entre otras manifestaciones, una notoria alteración de la identidad.

La metáfora del *Titanic*

En abril de 1912, realizando su primer viaje y tras cinco días de navegación, el transatlántico *Titanic* -presentado como una maravilla de la época y con la pretensión, verdadera garantía, de hundimiento imposible- se fue al fondo del Atlántico en apenas tres horas, tras el choque con un *iceberg*. Como dijo una publicación de la época, la nave se inclinó lentamente hasta quedar recta y luego se fue a pique. El lujoso barco llevaba a bordo 2.224 personas, pero botes salvavidas -

considerados innecesarios- para sólo la mitad de ellas. Por añadidura, la evacuación fue tan desorganizada que muchos botes se lanzaron al mar antes de completar su capacidad. Por cierto, el navío llevaba pasajeros riquísimos e inmigrantes pobres, y aunque hubo muertos entre los primeros, fue entre los segundos donde se contó la mayor cantidad de ellos, en un final con la orquesta del salón de primera clase tocando sus melodías.

En los años noventa, el menemismo le vendió a la sociedad argentina su *Titanic*, ahora bajo la forma de un pasaje al Primer Mundo, a las nuevas maravillas de fin de un milenio y comienzos de otro. La apertura de la economía -una apertura a las importaciones, en rigor-, la desregulación y las privatizaciones de las empresas públicas y la ley de convertibilidad fueron presentadas como la garantía de no hundimiento. Como en el *Titanic*, en el naufragio argentino tampoco hay salvavidas para todos, pero en él, a diferencia de aquél, las mujeres y los niños no tienen la prioridad en las tareas de salvamento, ni el responsable de la nave se va a pique con ella.

A la hora del naufragio, Argentina ya no cuenta con empresas estatales; ha disminuido el número de empresas de capital nacional; el parque industrial fue desmantelado; el ahorro fue confiscado; la deuda externa se tornó impagable; el desempleo alcanza el pico histórico más alto (y puede llegar a ser aún mayor); el número de hombres, mujeres y niños que revuelven la basura en las calles de las grandes ciudades buscando papeles, cartones y latas para vender y comida para alimentarse se han tornado un dato de la vida cotidiana; los partidos políticos ya no son percibidos como canales de representación legítimos; el delito se multiplica; la corrupción se expande; la sociedad ha entrado en una situación de anomia, si no de descomposición.

Los indicadores oficiales dan cuenta de la peor distribución de la riqueza desde que la misma es objeto de medición en el país, pero no es aventurado sostener que se han alcanzado niveles jamás conocidos antes. Expresión de esa desigualdad son los más de catorce y medio millones de pobres -y dentro de ellos los *nupos*, expresión, ya se ha dicho, de la debacle de la clase media-, la aparición y difusión del llamado “robo famélico” en los campos bonaerenses,¹ las peleas entre pobres ocupados y hambrientos sin trabajo,² el incremento fenomenal de la deserción escolar (de una intensidad tal que, en la provincia de Buenos Aires, obliga a los maestros a buscar a los alumnos en sus casas, para que vuelvan al colegio, al que no pueden ir porque sus padres no tienen dinero para comprarles el calzado y/o los útiles).

Es necesario llamar la atención sobre la situación de jóvenes y adolescentes, no sólo por lo grave de la situación actual de la mayoría de ellos, sino mirando la sociedad argentina en prospectiva. Según datos oficiales, en octubre de 2001 había en todo el país 12.692.200 menores de 18 años, es decir, niños y adolescentes. Constituían un tercio de la población total. De ellos, 7.082.200 (55.8 %) vivían en hogares pobres. Entre 1997, cuando comenzó la recesión de la economía, y 2001, el número de menores pobres se incrementó dos millones, con un aumento porcentual de casi doce

¹ Véase “En el campo, los pobres recurren más al ‘robo famélico’ para comer” (Clarín, 2002b: 20). El “robo famélico” es, en realidad, un hurto, pues no apela a la violencia. Se produce en zonas rurales próximas al conurbano bonaerense y en poblaciones del interior de la provincia de Buenos Aires. Se hace para buscar alimento -choclos, vacunos, aves de corral, caballos- para consumo propio (individual y familiar) o bienes pequeños de fácil reventa. A diferencia del secular “robo hormiga”, de nula o escasa incidencia económica, el famélico produce efectos económicos considerables en los propietarios afectados, también ellos insertos en un contexto de crisis.

² Como la ocurrida en el Mercado Central, en el Gran Buenos Aires, el 14 de enero de 2002. Véase “Otra cara de la pobreza: dura pelea entre changarines y desocupados” (Clarín, 2002a: 14). El diario la sintetiza en estos términos: “Unos 500 indigentes fueron a pedir comida al Mercado Central y cortaron la entrada. Los changarines vieron peligrar los 10 pesos de su jornal y los corrieron a palazos. Hay acusaciones de manejos políticos”.

puntos (en 1997 eran 44 %). La mayor incidencia de la pobreza se observa en la banda etaria de 6 a 12 años (58 %), es decir, en la de escolaridad primaria. En tanto, el desempleo se ha acentuado en los jóvenes de 15 a 18 años, el 38,5 % de los cuales carecía, en octubre de 2001, de trabajo (contra 30 % en octubre de 2000).³ Niños, adolescentes y jóvenes sin educación, sin trabajo, paupérrimos, con serios deterioros físicos y mentales y una expectativa de vida cuantitativa y cualitativamente disminuida. Con indicadores como éstos, no cuesta imaginar mucho cómo será la sociedad argentina dentro de quince-veinte años.

Los indicadores dados a conocer entre el momento de exposición de este trabajo, en abril, y la fecha de cierre para la edición del libro, en setiembre, muestran un agravamiento de la situación social. Así surge del tradicional relevamiento realizado por el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) en el mes de mayo -el otro es en octubre- de cada año. Ya bajo el gobierno del presidente Eduardo Duhalde, los pobres eran, en mayo de 2002, 18.500.000 (53 % de la población argentina), de los cuales casi nueve millones en condición de indigencia. En la provincia de Formosa, el porcentaje de pobres llegaba a 78,3, mientras en las ciudades de Concordia (Entre Ríos) y Posadas (Misiones) era de 71,7 y 69,1, respectivamente. A su vez, la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, la Capital Federal del país, registraba 19,3 % de sus habitantes en condición de pobreza, pero en un espacio geográfico próximo -Florencio Varela, Moreno, Merlo, Tigre, La Matanza, en el Gran Buenos Aires- el índice ascendía a 69,9 por ciento.⁴

Desigualdad social con sus puntos de distancia más alejados; altas tasas de desempleo; subempleo y empleo “en negro”; deterioro del nivel de vida de la mayoría de la población; incremento de la delincuencia y la inseguridad; violencia policial indiscriminada; amputación del futuro de millones de niños y adolescentes (por deterioro de la salud, incluso en términos irreversibles, de la educación, de la dignidad); pérdida de soberanía económica; política exterior atada acriticamente a la norteamericana; irrepresentatividad de las instituciones representativas (partidos políticos, sindicatos, asociaciones empresariales) y de las del propio Estado, en particular los Poderes Legislativo y Judicial). He ahí algunos componentes de cualesquier balance que quiera hacerse de poco más de una década de aplicación del modelo neoliberal.

Una cuestión clave es que la crisis social se ha soldado con la crisis económica -cuya manifestación más visible es la recesión iniciada en 1998 y aún persistente- y la crisis política. Históricamente, una soldadura de tres crisis ha constituido siempre -y sigue constituyendo- una situación con un nivel potencial de disrupción muy alto. Pero, como se sabe, condiciones de posibilidad no conllevan necesariamente condiciones de realización. Las crisis son momentos o estados transitorios, son parte de un proceso, esto es, de un desarrollo -o de una evolución, si se prefiere una expresión clásica-. Por tanto, tienen un desenlace, si bien no hay un patrón de duración previsible.

En una situación de crisis se expresan contradicciones y rupturas, tensiones y desacuerdos, de una intensidad tal que los actores -individuales y colectivos- vacilan respecto de las decisiones a tomar, el camino a seguir y las acciones a realizar, al tiempo que las normas, las reglas y las instituciones hasta entonces existentes dejan de ser observadas y reconocidas, en mayor o menor medida, llegando, en el límite, a ser concebidas como un obstáculo para el desarrollo de la sociedad, al tiempo que las nuevas propuestas no terminan de ser elaboradas o, estándolo, asumidas como eficaces y/o pertinentes. Así, las grandes crisis definen momentos históricos en los cuales, como decía Antonio Gramsci, lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer. Y estas

³ Véase “Hay 7 millones de adolescentes y chicos que viven en la pobreza” (Clarín, 2002d: Economía).

⁴ Véase “El 53 % de los argentinos está por debajo de la línea de pobreza” (Clarín, 2002e) y “Hiperpobreza con hiperindigencia agregada” (Página12, 2002: 2-3).

ambigüedad e irresolución ponen de relieve a ese componente fundamental de toda crisis que es el tiempo. En tiempos de crisis, en efecto, quienes las viven experimentan sensaciones confusas derivadas de una comparación entre el presente, el pasado y el futuro, comparación en la cual el presente es percibido como miseria e incluso como drama o tragedia -frente a un pasado con certezas que se ha perdido y que muchos rememoran como mejor de lo que fue o prescindiendo de las razones que provocaron la crisis y, por ende, el presente-, al tiempo que el futuro aparece como angustia, incertidumbre.

Las crisis son fenómenos históricos usuales, mas la conjunción o soldadura de crisis económica, social y política no lo es tanto. Menos frecuentes aún son las crisis de mayor intensidad, las que Gramsci llamó *crisis orgánicas* y definió en estos términos:

En cierto momento de su vida histórica, los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales, esto es, los partidos tradicionales con una forma organizativa dada, con los determinados hombres que los constituyen, los representan y los dirigen ya no son reconocidos como expresión propia de su clase o fracción de clase. Cuando estas crisis se verifican, la situación inmediata deviene delicada y peligrosa, porque el campo queda abierto a las soluciones de fuerza, a la actividad de potencias oscuras representadas por hombres providenciales o carismáticos (Gramsci, 1975: 1602-1603).

La característica esencial de las crisis orgánicas es la de ser *crisis de hegemonía*. Es una crisis de autoridad de la clase dirigente, que deviene sólo dominante, y de su ideología, de la cual las clases subalternas se escinden. En una situación tal, argumenta Gramsci, los partidos políticos tradicionales se han tornado “anacrónicos” y se encuentran separados de las masas, suspendidos en el vacío. Hay, pues, una ruptura entre representantes y representados.⁵

Ahora bien, en una crisis orgánica, la capacidad de reacomodo de la clase dirigente o dominante es mayor y más rápida que la de las clases subalternas. Ello le permite -incluso realizando sacrificios y/o formulando propuestas demagógicas- mantener el poder, reforzarlo y emplearlo “para destruir al adversario”. La crisis orgánica también puede resolverse, si bien menos frecuentemente, por la iniciativa política directa de las clases subalternas. En este caso, la multiplicidad de fuerzas y partidos políticos de tales clases confluye en una única organización política, la cual es quien mejor representa y resume las necesidades de toda la clase. Si se produce esta segunda salida, la solución es “orgánica”. Pero igualmente puede ocurrir que no se genere una solución orgánica sino una tercera, la del jefe carismático. Tal salida,

significa que existe un equilibrio estático (cuyos factores pueden ser eliminados, si bien prevalece la inmadurez de las fuerzas progresistas), que ningún grupo, ni el conservador

⁵ Al respecto, empero, me parece necesario destacar que, hoy, los partidos políticos argentinos son instituciones carentes de capacidad de representación, tanto como representativos. Carecen de representación, en tanto los representados no les reconocen tal condición -esto es, estrictamente, separación o ruptura entre representantes y representados-, como es público y notorio. Pero también son representativos, en el sentido de dar cuenta de la fractura de la sociedad argentina, de la prevalencia de los intereses, las concepciones y las prácticas corporativas y corruptas. Por lo demás, un análisis cuidadoso del comportamiento electoral de las elecciones de octubre de 2001, las últimas realizadas, muestra que los votos protesta tuvieron una distribución territorial irregular, indicadora, en muchos casos, de la capacidad de los aparatos para movilizar y controlar una importante clientela política, sin desdeñar el peso -a menudo bien significativo- todavía conservado por las viejas identidades partidarias (radicalismo, peronismo, partidos provinciales).

ni el progresista, tiene la fuerza necesaria para la victoria, y que incluso el grupo conservador tiene necesidad de un jefe (Gramsci, 1975: 1604).

Es claro que la actual crisis argentina es una crisis orgánica y que, a la fecha y tal como están constituidas las fuerzas político-sociales, las posibilidades de solución están más próximas de las opciones uno (reacomodo de la clase dirigente) y tres (jefatura carismática) que de la dos (la orgánica que constituye un nuevo bloque histórico). Mas nadie puede desconocer que tales “salidas” son meramente coyunturales, una fuga hacia adelante. El escaso porcentaje de votos que obtendrían los diferentes presidenciables que hoy se encuentran en el escenario -nunca superior al veinte por ciento- y el altísimo de quienes no se sienten representados por ninguno de ellos, votarán en blanco o con bronca, o incluso se abstendrán -en conjunto, más del cincuenta por ciento-, es un claro indicador del potencial escaso grado de legitimidad del próximo presidente. Esa precariedad alcanza incluso -al menos hoy, a fines de octubre de 2002- a la salida del liderazgo carismático, mejor representada por Adolfo Rodríguez Saá que por Carlos Menem.

Es cierto que Menem fue el líder de la alianza de clases que intentó llevar adelante el más consistente intento de la burguesía argentina por construir un nuevo bloque histórico, intento que, finalmente, no pudo superar una década de duración. Esta breve temporalidad es, en definitiva, expresión de las fortísimas dificultades de la burguesía argentina por constituirse nuevamente en clase dirigente, una condición que perdió en 1930, cuando otra crisis orgánica puso fin al bloque histórico constituido hacia 1880. Pero también es cierto que aunque Menem puede conservar capacidad de liderazgo entre fracciones burguesas -y tal vez también entre sectores pobres-, no menos lo es que la alianza social que sustentó su proyecto se fracturó, pues la crisis social y económica le privó de los sostenes obreros y de clase media que se ilusionaron con el *Titanic*.

Las transformaciones estructurales ocurridas en la sociedad argentina a partir de 1975, especialmente profundizadas en la década de 1990, han modificado profundamente a la sociedad argentina, provocando cambios sustanciales en las clases sociales. No se trata sólo del achicamiento de la clase obrera, primero, y de la clase media urbana, después, sino también de la aparición de nuevos sujetos sociales -los nuevos pobres, los desocupados, los piqueteros- y de una terrible redistribución regresiva de la riqueza nacional, tal como se ha visto en las primeras páginas. Los desocupados y los piqueteros -a veces son unos y otros, pero no todos los desocupados son piqueteros- constituyen un sector considerable de la sociedad actual y constituyen un desafío teórico: ¿marginales, ejército industrial de reserva, multitud?

Una nota distintiva de la actual crisis social es la aparición de conflictos diversos, distribuidos desigualmente por la geografía argentina. El conflicto -etimológicamente, choque- supone un enfrentamiento entre dos o más fuerzas, las cuales procuran -por sí o con alianzas- doblegar a su principal contendiente, situación que puede llevar y llegar al empleo de alguna(s) forma(s) de violencia, con la intención de desnivelar la relación de fuerzas dada. No toda crisis genera conflictos, mas cuando una crisis se desarrolla en una dirección conflictiva, es decir, hacia la aparición del conflicto, éste se presenta como una solución o una salida de la crisis. ¿Por qué? Porque el conflicto introduce, en un campo de incertidumbre, justamente algunas certidumbres y seguridades, necesarias para todo enfrentamiento. Bipolariza la situación, definiendo quiénes son victimarios y quiénes víctimas de la misma, por tanto, quién es el adversario -y hasta el enemigo- a combatir y quiénes los iguales y/o los aliados. Esa definición sirve, entre otras cosas, para dar confianza a quienes quedaron desorientados y desamparados por la crisis. Aquello que tienen responsabilidad de dirección política e ideológica no pueden, en este contexto, equivocarse en el diagnóstico y en la propuesta de acción. Con todo, incluso acertando, nada garantiza el resultado. La salida de la crisis puede no ser más que una fuga hacia adelante. O bien sentar las bases para una acción futura realmente efectiva y eficaz.

Sin dudas, el fenómeno de los piqueteros se ha convertido en la manifestación más visible de la conflictividad generada por la crisis. El piquete es, también, la forma conflictiva más practicada en el tiempo que lleva la crisis. En efecto, entre 1997 y setiembre de 2002 se han registrado 3.949 acciones piqueteras, conforme esta distribución temporal:

| | |
|------|--------------------|
| 1997 | 140 |
| 1998 | 51 |
| 1999 | 252 |
| 2000 | 514 |
| 2001 | 1.383 |
| 2002 | 1.609 ⁶ |

A la crisis social y a la económica se sumó la crisis política. El clímax de ésta se alcanzó los días 19 y 20 de diciembre de 2001, pero sus comienzos visibles se sitúan en la renuncia del vicepresidente Carlos *Chacho* Álvarez, el 5 de octubre de 2000, y se hizo ya patente con los resultados electorales del 14 de octubre de 2001. No obstante, un análisis cuidadoso podría probar que ella empezó a incubarse en el momento mismo en que la Alianza decidió llevar como candidato a presidente a Fernando De la Rúa, un político conservador, mediocre y con antecedentes de gestión no muy felices. Esa candidatura pronosticaba un resultado negativo. Tal vez, incluso, la formación de la misma Alianza -al menos para los sectores predominantes, en el interior de ella, en términos cuantitativos y de dirección, esto es, el radicalismo afín a De la Rúa- conllevaba ese sino. La unión por el espanto -el llamado menemismo- fue, así, más fuerte y decisiva que el programa -combatir al modelo neoliberal-.

El 19 y el 20 de diciembre de 2001, la política se trasladó de los espacios cerrados a las calles. Los hechos de esos dos días, considerados en sí mismos, como acontecimientos puntuales, mostraron, por lo menos, tres características principales: 1) la violencia de los jóvenes, 2) la violencia de los saqueos, 3) la reaparición de grupos parapoliciales, actuando contra manifestantes. Cada uno ellos amerita un tratamiento detenido, posibilidad que escapa a los límites espaciales aquí disponibles.

Pese a tal limitación, es necesario subrayar, al menos, las líneas más gruesas. En primer lugar, y más allá de los mitos circulantes -a veces elevados al rango de fundacionales de una nueva etapa histórica de las luchas populares argentinas-, debe prestarse especial atención al análisis de los acontecimientos de esos dos días. Un análisis que, claro, debe ser lo más riguroso posible. El rigor es necesario para distinguir cuánto hubo de premeditación y organización y cuánto de espontaneísmo en las movilizaciones y en algunas acciones -en particular los saqueos-, como también para advertir cuánto hay de germinal en esos dos días y en algunos hechos posteriores derivados.

Al respecto, recuerdo que en una de sus tantas agudas observaciones a propósito del análisis de las situaciones, Antonio Gramsci señala la necesidad de distinguir cuidadosamente entre *movimientos y hechos orgánicos o estructurales* y *movimientos y hechos de coyuntura u ocasionales*. En el análisis histórico-político, dice, es frecuente incurrir en el error de no saber encontrar la relación justa entre unos y otros, yerro que lleva a exponer como inmediatamente operantes causas que, en cambio, sólo lo son mediatamente -lo cual provoca un exceso de “economismo” o de doctrinarismo pedante-, o bien a afirmar que las causas inmediatas son las únicas eficientes -generando así un exceso de “ideologismo”-. En el primer caso se sobrevalúan o sobreestiman las causas mecánicas, en el segundo, el elemento voluntarista e individual. Se trata de una distinción, añade, que “debe ser

⁶ Sólo el período enero-setiembre (Clarín, 2002f).

aplicada a todos los tipos de situación”, sean aquellas en las cuales se verifica tanto un desarrollo regresivo o de crisis aguda, cuanto uno progresivo o de prosperidad o bien un estancamiento de las fuerzas productivas,

El nexo dialéctico entre los dos órdenes de movimientos y, en consecuencia, de investigación, es difícilmente establecido con exactitud, y *si el error es grave en la historiografía, es aún más grave en el arte político, cuando no se trata de reconstruir la historia sino de construir la presente y la futura.* (Gramsci, 1975: 1580; las itálicas son mías).

La recuperación de la acepción etimológica de la palabra política es un dato significativo de la crisis. Una porción considerable de sectores sociales urbanos ganó las calles, es decir, la *polis* y planteó, con avances y retrocesos, la posibilidad de recuperar y asumir la preocupación por la *res pública*. En momentos de crisis, los símbolos y las manifestaciones simbólicas se tornan ilustrativos. Mientras la sociedad llevaba la política a las calles, los políticos profesionales -comenzando por los legisladores- la encerraban, si no en un *bunker*, al menos entre vallas, o sea, rejas. Ello ya fue pasible de advertir el día en que la Asamblea Legislativa se reunió para tratar la renuncia del efímero presidente Adolfo Rodríguez Saá y designar al senador Eduardo Duhalde. El alto cuerpo sesionó dentro del edificio del Congreso rodeado de un vallado situado a 200 metros. Posteriormente, y hasta hoy, las vallas liberaron ese espacio, pero siguen cerrando la casa de las leyes, incluyendo no sólo el edificio principal sino también el anexo.

Desde el 19 y 20 de diciembre, cacerolazos, asambleas barriales y marchas se hicieron usuales, aunque su intensidad ha experimentado un notable decrecimiento. Las asambleas barriales, particularmente, se convirtieron en una de las principales novedades aportada por la crisis. Pero muchos se deslizaron del dar cuenta de la novedad hacia el maravillamiento, especialmente visible en sectores de la izquierda orgánica o realmente existente, que creyó ver en ellas el embrión de un contrapoder popular -y fue responsable de haber abortado muchas de ellas-. Simétricamente, también el tradicional diario de derecha *La Nación* encontraba en ellas un embrión de *soviets* y los descalificaba por ser mecanismos informales de toma de decisiones y un peligro para la democracia representativa.⁷

Nueve meses después de la caída estrepitosa -la cual incluyó muertos- de la Alianza, lo viejo no ha terminado de morir, lo nuevo no ha terminado de nacer. Los ciudadanos siguen descreyendo de las dirigencias, no han encontrado el rumbo, ni la estrategia ni los instrumentos para salir de la crisis. La burguesía cuenta con mejores chances y no vacila en emplearlas. La clase media vive una situación de desorientación que no termina de procesar, escindida entre la búsqueda de nuevos caminos y la “salida por Ezeiza”.⁸ Sectores de productores rurales, de agroindustriales y algunos otros industriales urbanos experimentan cierta mejoría y alientan la posibilidad de ampliarla, aunque chocan con las dificultades para acceder a créditos. Trabajadores, desocupados y piqueteros continúan en la incertidumbre laboral, marcada por el temor de perder el trabajo que se tiene, en unos, y por la desesperanza de volver a tenerlo, en otros. Asambleístas barriales y otros actores sociales persisten,

⁷ Veáse, por ejemplo, el editorial “Asambleas barriales” de la edición del 14 de febrero de 2002. Por cierto -y obviamente-, el diario ha silenciado y silencia el poder informal del capital financiero y de los organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional.

⁸ Ezeiza es el aeropuerto internacional de la ciudad de Buenos Aires, el principal punto de salida al exterior que tiene el país. En el lenguaje popular, la alusión a que la “salida” es Ezeiza significa que no hay mejor opción que abandonar el país y tentar un mejor destino fuera de él.

Los naufragos no eligen puerto. Análisis de la situación argentina, 2000-2002

Waldo Ansaldo

más allá de la disminución del entusiasmo inicial y del número de participantes -pero también habiéndose depurado-, en la búsqueda de nuevos caminos...

Los naufragos no eligen puerto. Tampoco el medio con el cual llegar a alguno. Se aferran a lo poco que tienen disponible, sean botes y/o salvavidas, para algunos, o cualquier elemento que flote, para otros. La travesía tampoco es fácil: no siempre se sabe qué distancia hay que recorrer -es decir, cuán cerca o cuán lejos está el punto de llegada-, ni cuáles son y cómo sortear los riesgos de la sobrevida, que no son pocos e incluyen el mismo mar, potencialmente proceloso, tiburones -si los hay- y, quizás sobre todo, las embestidas desesperadas de otros naufragos.

Por añadidura, puede que al final de la odisea los naufragos no lleguen a un puerto sino a costas acantiladas o playas desiertas. Puede, igualmente, que llegando a algún puerto encuentren en él un cartel con un terrible saludo: *Lasciate ogni speranza voi che entrate*. Sin embargo, es posible -y por esa posibilidad hay que combatir- que el cartel nos reciba con una bienvenida: *La speranza nunca es vana*.

Los naufragos del *Titanic* Argentina esperamos llegar a un puerto cuyo cartel recoja la proposición de Jorge Luis Borges, no la de Dante Alighieri.

Bibliografía

Ansaldo, W. (1997). Fragmentados, excluidos, famélicos y, como si eso fuese poco, violentos y corruptos. *Revista Paraguaya de Sociología*, 34 (98), 7-36. Recuperado de <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal/art/fragmentados.pdf>

Basualdo, E. (2001). *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina. Notas sobre el transformismo argentino durante la valorización financiera (1976-2001)*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Ediciones.

Equipos de Investigación Social (Equis) (2001). *Distribución del ingreso y caída de la clase media en el último año*. Buenos Aires.

Clarín (15 de enero de 2002a). Otra cara de la pobreza: dura pelea entre changarines y desocupados. *Clarín*, Economía. Recuperado https://www.clarin.com/economia/cara-pobreza-dura-pelea-changarines-desocupados_0_ryRZKW8gCFg.html

_____ (24 de febrero de 2002b). En el campo, los pobres recurren más al robo famélico para comer. *Clarín*, Política. Recuperado https://www.clarin.com/politica/campo-pobres-recurren-robo-famelico-comer_0_H1OgDhSxCte.html

_____ (31 de marzo de 2002c). Los más ricos ganan 28 veces más que los más pobres. *Clarín*, Economía. Recuperado https://www.clarin.com/economia/ricos-ganan-28-veces-pobres_0_H1LCvBxRtx.html

_____ (17 de abril de 2002d). Hay 7 millones de adolescentes y chicos que viven en la pobreza. *Clarín*, Economía. Recuperado https://www.clarin.com/economia/millones-adolescentes-chicos-viven-pobreza_0_HJTUBBeCKx.html

_____ (22 de agosto de 2002e). El 53 % de los argentinos está por debajo de la línea de pobreza. *Clarín*, Economía. Recuperado https://www.clarin.com/economia/53-argentinos-debajo-linea-pobreza_0_r13VQVeAKe.html

_____ (26 de setiembre de 2002f). Primera nota. El nuevo protagonista social. Piqueteros: la cara oculta del fenómeno que nació y crece con el desempleo. *Clarín*, Especial. Recuperado <http://edant.clarin.com/suplementos/especiales/2002/09/26/1-446997.htm>

Gramsci, A. (1975). *Quaderni del carcere*, Vol. 3. Torino: Edizione crítica dell'Istituto Gramsci, a cura di Valentino Gerratana, Einaudi, 4 vols.

Página 12. (22 de agosto de 2002). Hiperpobreza con hiperindigencia agregada. *Página 12*, El país. Recuperado <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-9216-2002-08-22.html>

Sidicaro, R. (2001). *La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989-2001)*. Buenos Aires: Libros del Rojas, Universidad de Buenos Aires.